



VENGA A NOSOTROS TÚ REINO (3/8)

“*Venga a nosotros tu reino*”, es esta la segunda petición del Padre Nuestro, es la tercera charla, porque la primera se refería a la invocación primera: “*Padre nuestro que estás en los cielos*”, la segunda “*Santificado sea tu Nombre*” y esta tercera “*Venga a nosotros tu Reino*”.

A modo de introducción, y para que sigamos el hilo de las charlas anteriores, recordamos que habíamos dicho que era **muy importante el orden que tienen estas siete peticiones**. De hecho, he leído un artículo estos días de un sacerdote de nuestra Diócesis que tiene como título “El Padre Nuestro está al revés”, lo titula así “está al revés”, ¿porque dice eso? porque probablemente si se nos dijera a nosotros que compusiésemos la oración que dirigimos a Dios, o nos preguntasen cuáles son las peticiones más importantes, hubiésemos empezado por la última: “*Líbranos del mal*”, o hubiésemos dicho: “pues que se acabe la guerra” “danos el pan de cada día”.

Pero curiosamente, **las peticiones nos recuerdan el orden de Dios, no el nuestro**, y nos recuerdan cuál es el primer mandamiento: “*Amarás a Dios sobre todas las cosas*” y cuáles son los tres primeros mandamientos que hacen referencia a nuestra relación con Dios. Es decir, el orden de las peticiones del Padre Nuestro es como si nos dijese: “Primero Dios, primero Dios”, démosle a Dios y a nuestra relación con Dios la primacía en la vida. Hay una expresión en América Latina, en Hispanoamérica, de muchos países que se dice: “primero Dios, primero Dios”.

Son **las tres primeras peticiones del Padre Nuestro como las tres peticiones teologales**: “*Santificado sea tu nombre*”, “*Venga a nosotros tu reino*”, “*Hágase tu voluntad*”, son como las tres peticiones teologales: “*Santificado*” es la fe, “*Venga a nosotros*” la esperanza y “*Hágase*” la caridad. Fe, esperanza y caridad están presentes en las tres primeras peticiones del Padre Nuestro.

En definitiva, es una oración que **está ordenada en sus peticiones según el pensamiento de Dios, no según nuestra sensibilidad**, qué maravilla conocer cómo piensa Dios, qué maravilla.

El orden del Padre Nuestro es descendente y así encontramos una llamada a un cambio de paradigma en la vida espiritual, comenzar planteándonos **cómo ve Dios las cosas, no cómo las veo yo, pasar del yo al Tú, que es Dios**. Por lo tanto, es un paradigma muy

importante el orden de estas peticiones. Recordemos aquella corrección que le hacía Jesús a Pedro: "*Pedro, tú piensas como los hombres, no piensas como Dios*", estamos llamados, pues, a tener los sentimientos del Corazón de Cristo y por eso nos estamos educando en la oración que Jesús nos enseñó.

El Reino de Dios

“Venga a nosotros tu Reino”, tras pedir "*Santificado sea tu nombre*" en la primera petición, es decir, que Dios sea conocido y amado, eso decíamos que era como el resumen de esa petición, que Dios sea conocido y amado, pedimos en segundo lugar que se apresure la venida de su Reino.

El Catecismo de la Iglesia Católica dice que la expresión "**Reino de Dios**" puede entenderse perfectamente como Cristo en persona, es decir, que "*Venga a nosotros tu reino*" significaría "que venga Jesucristo", que venga Jesucristo. Y así, por lo tanto, las dos primeras peticiones significarían, la primera, que se difunda el conocimiento y el amor de Dios, y la segunda, que venga Jesucristo.

El tema del reino impregna todo el Evangelio:

- Desde la Anunciación, si os acordáis, en la Anunciación el ángel Gabriel anuncia a María que concebirá por obra del Espíritu Santo al Hijo del Altísimo, que se llamará Jesús, y le dice, recordad: "*Reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su Reino no tendrá fin*", habla de que reinará, de que su reino no tendrá fin.
- Y el Evangelio de San Marcos, sin ir más lejos, comienza diciendo: "*El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la buena nueva*".
- Bueno, y, por cierto, cuando Jesús comienza a predicar, predica las parábolas del reino, otra vez el reino: "*El Reino de Dios se parece*", "*el Reino de Dios es semejante a...*".
- Incluso en la misma Pasión, tal y como la narra el Evangelio de San Juan, Jesús llega a decirle a Pilato: "*Tú lo dices, soy rey, pero mi reino no es de este mundo*".

Por tanto, el tema del Reino impregna todo el Evangelio, incluso algunos han llamado a la oración del Padre Nuestro "la oración del reino", y no solo por el hecho de que el reino impregne todo el Evangelio, sino por el hecho de que esta petición contiene a todas.

Bueno, vamos adelante. ¿Qué hay detrás de esta mención tan continua al Reino en los Evangelios?, que es una mención continua ¿qué hay detrás de eso? Hay una cuestión clave, y la cuestión clave es: **¿Quién reina en este mundo?** **¿Reina Dios o reina el**

maligno? Una pregunta potente: ¿quién reina en este mundo? ¿Reina Dios o reina el maligno?

- Claro, si nos acercamos al Libro del Apocalipsis 12, allí se dice cómo Satanás fue expulsado del cielo, Miguel y sus Ángeles combatieron contra el dragón y fue precipitado a la tierra, fue precipitado a la tierra y sus ángeles fueron precipitados con él a la tierra. Con lo cual, el reino, el lugar de los demonios, de los ángeles caídos, no está ciertamente en el cielo, está entre nosotros.
- Y el Evangelio de San Juan, en repetidas ocasiones le describe a Satanás como el príncipe de este mundo.
- Recordad, por ejemplo, que cuando Jesús se acerca a su Pasión dice: "*Ahora el príncipe de este mundo será echado afuera*", es una expresión que es muy significativa, que habla de un cierto poder, curiosamente, no le llama "rey", le llama "príncipe" "príncipe de este mundo", tiene un poder grande entre nosotros.

Por eso mismo, eso indica que la tierra se ha convertido en un reinado en el que el pecado impera y que, en cierto sentido, es territorio del maligno, recordad, por ejemplo, que la secuencia de Pentecostés dice: "*Mira el poder del pecado si no envías tu aliento*".

Ahora, tampoco cabe decir que la tierra es del demonio, no cabe decir eso, Dios no le ha permitido al maligno desarrollar todo su poder y su maldad en este mundo. Léase el Primer Capítulo del Libro de Job y, por ejemplo, como se demuestra en el Segundo Libro de los Macabeos cuando se narra el martirio de aquella familia uno de los que va a ser martirizado le dice al rey: "*Tú, malvado, nos arrancas la vida presente, pero cuando hayamos muerto por su ley, el Rey del mundo, el Rey del universo nos resucitará en la vida eterna*", o sea que, por lo tanto, también en la Sagrada Escritura a Dios se le llama "Rey del Universo", "Rey del mundo" (lo vamos a celebrar en la solemnidad de Cristo Rey).

Pero en el fondo este mundo es un territorio de batalla, un territorio de batalla entre Satanás, que es príncipe de este mundo, y entre el reinado de Dios. Cuando llega Jesucristo, se inclina definitivamente la balanza de esa batalla, las curaciones y los exorcismos que Cristo realiza son la señal inequívoca de la llegada del poder del Reino, son la señal inequívoca. Hay muchas expresiones que lo dejan patente, por ejemplo, en Juan 10, 28 "*Nadie las arrebatará de mi mano*" Jesús habla de nuestras almas como que no va a permitir que seamos arrebatados por el maligno, en Juan 17, 15 dice: "*No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno*" Jesús ha luchado para que nosotros seamos suyos y no del maligno, Satanás dice: "Sois míos", pero nosotros le decimos: "No es cierto, somos de Jesús, somos de Jesús, quien ha vencido y nos ofrece su reinado en nuestra vida".

Por lo tanto, hay que decir: ¿qué hay detrás de esta mención tan continua al reino de los evangelios? pues lo que hay es la confesión de una gran batalla por la instauración del Reino de Dios, hay una gran batalla sí, que se está librando a veces sin que algunos se den cuenta. "*El Reino de Dios sufre violencia*" y continua " *Y los violentos lo arrebatan*" o "*Los esforzados lo alcanzan*", es un versículo del Evangelio en el que pocas veces nos

fijamos, que es misterioso pero que es significativo, “*El Reino de Dios sufre violencia, pero los esforzados lo arrebatan, lo alcanzan*”, es decir, el Reino de Dios es un don, al tiempo que requiere de nosotros que nos adentremos plenamente en la batalla para alcanzarlo, las dos cosas en verdad: es un regalo y es una batalla que hay que librar.

A veces solemos tener una falsa dicotomía entre la gracia de Dios o nuestro esfuerzo, si es gracia de Dios, entonces no nos tiene que costar ningún esfuerzo, y si algo lo hacemos con mucho esfuerzo, entonces es mérito mío y no es gracia de Dios, eso es una dicotomía totalmente falsa. Alguien dijo que “cuando Dios da su gracia el hombre suda”, haciendo referencia a que la gracia de Dios hace que nos podamos esforzar plenamente. Sin la victoria de Cristo sobre Satanás nuestra lucha contra el mal sería totalmente inútil, si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles, se pueden cansar mucho, que no van a construir la casa si el Señor no la edifica. Pero también, la victoria de Cristo no nos exime de la batalla, sino que nos da la gracia para adentrarnos en la batalla por el Reino.

Por lo tanto, “*Venga a nosotros tu Reino*” es tanto como sumarse a la batalla victoriosa de Cristo. Esto es muy importante: ¿yo con quién combato?, ¿bajo qué bandera estoy combatiendo?, ¿bajo qué bandera combato?

Y a uno le viene a la mente “la meditación de las dos banderas” de San Ignacio de Loyola, de sus *Ejercicios Espirituales*, en las que dice que en este mundo hay una batalla bajo dos banderas: bajo la bandera de Cristo y la bandera del mundo, del maligno. ¿Bajo qué bandera libramos la batalla? nosotros decimos: “bajo la bandera del reino de Cristo”. Porque es muy clave esta pregunta, luchar sí, pero ¿bajo qué bandera?

Cuando los discípulos de Juan el Bautista, que estaba en la cárcel, les envía a ellos a preguntarle a Jesús: “¿Eres tú el que tenía que venir o tenemos que esperar a otro?”, esa es la pregunta clave. A ver, ¿tenemos que luchar bajo tu bandera o no? ¿eres tú el que estábamos esperando para poder vencer al mal? ¿eres tú el que tenías que venir o tenemos que esperar a otro?”. Y entonces Jesús les dice a los discípulos: “*Id y decidle a Juan: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se quedan limpios, los demonios son expulsados*”, es decir, Cristo es el que teníamos que esperar, es nuestra bandera, es la bandera bajo la que libramos la batalla en esta vida.

Fijaros lo que supone reconocer a Jesucristo como el que teníamos que esperar, por ejemplo, los judíos que siguen esperando la llegada del Mesías, cuando el viernes por la noche, al inicio del shabat, hacen la oración, el padre de familia se suele levantar siempre y abre la puerta de la habitación por si viene el Mesías. Fijaros bien lo que supone eso, que en el mundo judío se siga esperando, el padre de familia, cuando va a rezar, abre la puerta y dice: “Por si llega el Mesías, vamos a rezar por si llega el Mesías”. Bueno, la gran pregunta es: ¿yo me doy cuenta de que Jesucristo era todo lo que yo necesitaba para librar la gran batalla por la felicidad, por la santidad, por el bien, por la justicia? no esperes a nadie más, es Jesucristo quien esperábamos para poder llevar adelante ese gran reto de nuestra vida, ¿yo espero a alguien distinto a Jesucristo para ser feliz? ya ha

llegado, ¿yo espero a otra persona para alcanzar la meta de la plenitud de mi vida? no esperes a nadie que pueda plenificar tu vida, porque Jesucristo es la plenitud de tu vida.

Es su resurrección es el triunfo definitivo sobre el maligno, la resurrección de Cristo es el triunfo definitivo. El último bastión del maligno era la muerte, era la muerte, y en la resurrección de Cristo ese bastión se le ha arrebatado al maligno, la muerte ha pasado a ser la puerta de la vida eterna. Satanás está derrotado, pero no ha sido reducido todavía a su total destrucción, lo cual no acontecerá sino en la parusía, y es importante caer en cuenta de que tiene capacidad de enredar y enredar mucho si no estamos unidos íntimamente a Cristo resucitado.

Por lo tanto, concluyo esta primera reflexión. ¿Por qué era importante subrayar por qué los Evangelios se centran tanto en el Reino? porque el Reino es como subrayar el señorío de Dios, el dominio de la gracia de Cristo, con Cristo ha llegado el señorío. Por ejemplo, recordad (para que entendamos esto, pongo un ejemplo) cuando surge la polémica sobre el divorcio: *"Por vuestra dureza de corazón os permitió Moisés divorciaros de vuestra mujer, pero ese no era el plan de Dios"*, pero ahora que ha llegado Jesucristo, ahora que tenemos la plenitud de la gracia, ahora sí somos capaces de vivir bajo ese reinado y ese señorío, antes de la llegada de Jesucristo no existía la gracia para poder vivir la ley de Dios, pero ahora sí existe. Por tanto, el Reino es como el señorío de Dios, la gracia de Dios que nos permite vivir nuestra vida conforme a Dios, dar la batalla de la vida bajo la bandera de Cristo, compartir la victoria de Cristo, yo comparto su victoria, en Cristo soy victorioso, en Cristo soy victorioso, *"Todo lo puedo en aquel que me conforta"* dice San Pablo, soy muy poca cosa, pero en Cristo lo puedo todo.

Consecuencias que se derivan de esta Teología del Reino.

Las he resumido en siete las consecuencias que se derivan de esta Teología del Reino:

- 1) Primero, **acoger la llegada del Reino es, en la práctica, lo mismo que convertirse.** Ábrete para acoger la llegada del Reino, alístate para el combate, y las claves para esta conversión es: "busca primero el reino de Dios y lo demás se te dará por añadidura", pon a Dios en el centro de tu vida. La conversión es poner a Dios en el centro de nuestra vida y luego eso hace que el resto de las cosas se ordenen fácilmente.
Y a veces he puesto el siguiente ejemplo, es como si uno tiene una chaqueta que se cae al suelo, la chaqueta caída al suelo tiene que recogerla, si se coge la chaqueta por una manga y la levanta, pues eso no se sabe ni qué es eso; si coge la chaqueta por un bolsillo y la levanta, no se sabe ni qué es eso; pero si coge la chaqueta por los hombros y la levanta, pues todo va perfectamente a su sitio, las mangas van a su sitio. Si uno pone a Dios en el centro de la vida, el resto de las cosas ocupan su lugar, el lugar que les corresponde, "busca primero el Reino de Dios y lo demás se te dará por añadidura".

Y, una vez que hayas puesto a Dios en el centro de tu vida, a combatir, a combatir. Como dice San Ignacio de Loyola, sabiendo que también tu enemigo está dentro de ti mismo, “Agere contra” tendrás que llevarte la contra también a ti mismo, porque los siete pecados capitales son como siete reyezuelos, siete reyezuelos, que la pereza se quiere apoderar de mí, que la soberbia se quiere apoderar de mí, que la envidia se me quiere apoderar, que la lujuria se me quiera apoderar, los siete pecados capitales son como siete reyezuelos. Y si yo pongo a Dios en el centro de mi vida, libraré el combate, un combate en el que no cejaré en la batalla hasta destronar a esos reyezuelos y luchar para que Cristo reine en mi vida.

Y descubriré que esa batalla por el Reino, esa batalla por la conversión, es la batalla por mi libertad, convertirse es luchar por nuestra libertad, no solo por adherirnos a la voluntad de Dios, sino por mi libertad. Porque cuando el pecado reina en nosotros, cuando esos reyezuelos de los pecados capitales se apoderan de nosotros, somos esclavos. Es verdad que para poder pecar hay que ser libre, porque si no eres libre no pecas, claro, para poder pecar hay que ser libre, pero cada vez que pecas eres un poco menos libre, y un poco menos libre, y un poco menos. Luego, luchar por la conversión es luchar por nuestra libertad.

- 2) Segundo aspecto, primero acoger la llamada del Reino en la conversión, el segundo, **importancia de tener paciencia y perseverancia**, no olvidemos que mientras que estemos en esta vida la realización del Reino será progresiva pero siempre imperfecta. El reino de Dios no se manifestará plenamente hasta el cielo, hasta que Dios colme su promesa de unos cielos nuevos y una tierra nueva, cuando aniquile todo principado y potestad y Dios sea todo en todos. Hasta entonces hay que tener paciencia y perseverancia, porque, como nos dice esa Parábola del trigo y de la cizaña, en esta vida pues hay contradicciones, hay contradicciones, sabiendo que al final el bien triunfará, pero en este reino de Dios conviven el bien y el mal. Por lo tanto, la paciencia es importantísima, porque el maligno nos suele tentar de desesperación al ver que no avanzamos como quisiéramos o como nos hubiésemos supuesto que debíamos de avanzar, no cansarse nunca de estar empezando siempre, el don de la paciencia y la perseverancia es clave. El reino de Dios es de los que perseveran, no es de los perfectos, no, es de los que perseveran.

- 3) Tercer aspecto, amor a su venida, **tener amor a su venida**. Estamos luchando, este mundo es una batalla, pero anhelamos que Dios venga y que la gloria de Dios triunfe sobre nuestras miserias y sobre el mal del mundo, es como si dijésemos "A ver, que venga Dios y triunfe, que venga Dios y muestre su gloria". Os acordáis de la expresión “Maranatha” “*Maranatha*” es otra de las expresiones que los Evangelios, que la Sagrada Escritura ha conservado en su idioma original, en arameo, y no se ha atrevido a traducir al griego, igual que el “Abba” “el papá” de Jesús, *Maranatha* también es una expresión que dice “*Maranatha*” de la primera comunidad cristiana “Ven, Señor Jesús”, es la petición de su retorno glorioso.

Por lo tanto, rezar bien la expresión "Venga a nosotros tu Reino" es tener amor a su venida. Alguno dirá: "Bueno, es que me cuesta, también tengo un poco de miedo a su venida". ¿Tener amor o tener miedo a su venida? hay un ejemplo que creo que puede ser ilustrativo para esto, la experiencia de los gulag soviéticos o de los campos de concentración de los nazis, se dio un fenómeno, y el fenómeno es que algunos de los presos, que eran verdaderamente víctimas y solo víctimas, anhelaban profundamente la llegada de la liberación, y cuando oían, les llegaban rumores de que Alemania iba perdiendo la guerra y que se acercaba la liberación, anhelaban aquel día de la liberación. Pero en aquellos campos de concentración había algunos presos que, por intentar sobrevivir, por intentar aliviar aquella situación tan dura, se habían convertido en colaboradores de sus guardianes, eran como espías, o les daban una ración mejor de alimento porque estaban colaborando con los guardianes, porque sí eran presos, pero también colaboraban con el mal de los miembros de las SS. Y curiosamente, el día de la liberación de Auschwitz, aquellos presos que habían colaborado con el mal no gozaron de aquel día, no gozaron aquel día como el día de su liberación, porque tenían un sufrimiento grande, una contradicción, por haber participado también de aquella ignominia, por haber colaborado con ella para intentar aliviar un poco su hambre.

Y esto es lo que nos puede pasar a nosotros, decir "Que venga Dios", "*Maranatha*", supone tener un corazón puro para decirlo sin miedo "Que venga Dios, que muestre su Reino", tenemos que pedir ese corazón puro. Dice San Cirilo de Alejandría: "*Sólo un corazón puro puede decir sin asustarse: "Venga a nosotros tu reino"*", "que venga Dios", "Dame un corazón puro" que no tenga componendas con este mundo, que no me haga cómplice con el mal de este mundo, que tenga amor a la venida de Dios y no miedo a su llegada.

4) Cuarto aspecto, **cuidado con los milenarismos**.

¿A qué me refiero con esto? En la historia de la Iglesia, a la hora de interpretar ese "*Venga a nosotros tu Reino*", ha habido algunas interpretaciones demasiado literalistas de algunos textos bíblicos que han dado lugar a interpretaciones milenaristas.

Existe un texto misterioso de Apocalipsis 20, 1-7, en el que habla de "*La llegada de la parusía conllevará un Reino de mil años*", claro, es muy difícil interpretar el Apocalipsis correctamente, y algunos hicieron interpretaciones de esos textos misteriosos desde interpretaciones milenaristas, que afirman que la venida de Cristo sobre la tierra después de ... traerá un Reino mesiánico temporal y espiritual de unos mil años de duración. Bueno, hoy en día también se difunden otro tipo de milenarismos con la pretensión también de ponerle fecha a la parusía, por ejemplo, si os metéis por internet pues vais a ver cómo andan también muchas interpretaciones porfiando de que el año 2028 es el fin del mundo, y obviamente tenemos que huir de tales interpretaciones, huir de ellas.

Recientemente, en la segunda lectura de la liturgia dominical, de San Pablo a los Tesalonicenses, decía "*A propósito de la venida de Cristo, os rogamus que no perdáis la cabeza ni os alarméis con revelaciones, rumores o supuestas cartas como si el día del Señor estuviese encima*". No os lieis la cabeza con eso, y además es una obsesión absurda, porque lo cierto es que, al fin y al cabo, nuestra muerte personal, para

efectos prácticos es nuestra parusía, porque cuando fallezcamos nos presentamos delante de Dios. Entonces yo no creo que sea tan decisivo cuándo va a ser la parusía, mi muerte puede ser esta noche, con lo cual lo importante es tener el alma preparada para la llegada del Señor. Esos líos de las parusías, de ponerle fechas al fin del mundo, etcétera, son absurdos, son también una tentación para descentrarnos, para descentrarnos, y no hay que descentrarse bajo ningún concepto.

- 5) El quinto punto, **el deseo de la llegada de Cristo no le distrae a la Iglesia** (que lo anterior que he dicho sí que le distrae) el deseo de que Cristo llegue no nos distrae de la misión que tenemos en este mundo, más bien **nos compromete más a la misión que tenemos en este mundo. ¿Y qué misión es esa? santificar todas las cosas, llevando a plenitud su obra en el mundo**, intentar santificarlo todo, intentar santificar la familia, la educación, la alimentación, luchar contra la pobreza del mundo, luchar contra las leyes injustas, tantas cosas, luchar por la justicia social en todos los campos. Trabajar por el Reino es trabajar por la dignificación del mundo, pedirle "Venga a nosotros tu Reino" es pedir que el mundo se humanice, que exista un humanismo cristiano, que Cristo impregne nuestra sociedad, la cultura, el arte, nuestras tradiciones, la manera de organizar las relaciones sociales entre los ricos, entre los pobres, todo eso tiene que estar impregnado del Reino de Dios. Dicho esto, también añadido una cosa, no pensemos que el Reino de Dios y el desarrollo económico coinciden, no, a mí si, por ejemplo, me dijeseis ¿dónde está más instaurado el reino de Dios? ¿en los países pobres del Tercer Mundo o en los países de Escandinavia, Noruega, Suecia (que dicen que son los países así...)? Pues yo no sé si me atrevería a responder a eso, ¿dónde está más instaurado el Reino de Dios, en el Tercer Mundo o en la Europa rica? no lo sé, porque tampoco podemos pensar que se identifica el Reino de Dios con la riqueza social. El reino de Dios tiene muchos aspectos, muchos aspectos que solamente Dios es capaz de saber dónde el Reino de Dios se está instaurando verdaderamente. Es verdad que en la Europa tenemos un estado de bienestar social que obviamente es un regalo de Dios, por ejemplo, una atención médica, una educación a la que puede tener todo el mundo alcance, que en cierto sentido claro que son signos de un Reino de Dios que se ha ido instaurando en el mundo y que ha ido reconociendo una serie derechos como parte de toda la humanidad. Pero al mismo tiempo hay unas contradicciones increíbles, y ahí está el aborto matando a los niños, y ahí están la ideología de género confundiendo a los niños y a los adolescentes en su educación. O sea, por lo tanto, no nos podemos atrever a decir hasta qué punto la extensión del Reino de Dios coincide con el desarrollo social de los países, no nos podemos atrever a decir eso, eso dejémoslo en manos de Dios.
- Dice el Catecismo de la Iglesia Católica: "*Discerniéndose según el espíritu, los cristianos deben "distinguir" entre el crecimiento del Reino de Dios y el progreso de la cultura y la promoción de las sociedades. Esta distinción no es separación. La vocación del hombre a la vida eterna no suprime, sino que refuerza su deber de poner en práctica las energías y los medios recibidos del Creador para servir en este mundo a la justicia y a la paz*". Por lo tanto, sí es cierto que el Reino de Dios implica un desarrollo social, pero no se identifica plenamente con él.

- 6) Sexto punto, descubrir la espiritualidad del Reino, **descubrir que la espiritualidad del Reino se realiza en las pequeñas cosas de la vida.**

Lo propio de la espiritualidad del reino, evangélica, es la espiritualidad de las Bienaventuranzas, la pedagogía de las pequeñas cosas, la importancia de lo ordinario, el Reino de Dios no se juega únicamente en los conflictos que salen en el telediario, sino que se juega día a día en nuestra convivencia familiar, en nuestro trabajo, en nuestras amistades, en el ocio, en la forma en la que vivimos nuestras enfermedades. El reino de Dios acontece en las cosas más pequeñas, en la caridad que tenemos entre nosotros, en cómo nos queremos y nos perdonamos, porque el Reino de Dios es como un grano de mostaza que parece muy pequeño, pero que luego va creciendo y lo transforma todo. El Reino de Dios no llega de una manera triunfalista, no llega con mayoría absoluta, no, es como una medida de levadura que parece insignificante, pero lo va fermentando todo.

En consecuencia, la espiritualidad del "*Venga a nosotros tu Reino*" es muy parecida a la de las Bienaventuranzas, Dios ha elegido a los débiles para confundir a los fuertes, Dios se hace presente en las pequeñas cosas de la vida, en una sonrisa, en una obra de caridad que parece pequeña, pero ahí se hace presente el Reino de Dios.

- 7) Y, por último, el séptimo aspecto, **pedimos la virtud teologal de la esperanza.**

Decíamos que las tres primeras peticiones del Padre Nuestro se refieren como si fuesen las tres virtudes teologales: "*Santificado sea tu nombre*" es la fe, "*Venga a nosotros tu Reino*" la esperanza y "*Hágase tu voluntad*" la caridad.

Pedimos la esperanza en el "*Venga a nosotros tu Reino*", en medio de tantas contradicciones y miserias. Al final todo acaba bien, y si no acaba bien, es que todavía no es el final, nosotros así lo vemos. Dios llevará a su término la obra que ha comenzado, tenemos plena esperanza que el que comenzó en nosotros la obra buena la va a llevar a término, a Dios no se le escapa el mundo de las manos, aunque a veces pueda parecerlo cuando uno enciende el telediario, pero a Dios no se le escapa el mundo de las manos, tiene una capacidad de reconducirlo todo y refundar todo en Jesucristo, de reorientarlo todo, entonces tenemos la gran esperanza.

A mí siempre me llamó la atención que, en esos Pantocrátor, cuando Kiko Argüello, que sabéis que es un pintor de muchos Pantocrátor de muchas iglesias, generalmente cuando pinta un Pantocrátor suele poner sosteniéndole al Cristo glorioso una Biblia en la cual se leen dos frases, una, "Amad a vuestros enemigos", y la segunda frase es "Vengo pronto", qué curioso. Alguna vez, nunca le he hecho la pregunta a Kiko Argüello de por qué ha elegido esas dos frases: "Amad a vuestros enemigos", segunda frase "Vengo pronto". Y así está escrito en las dos partes de la Biblia esas dos frases, qué es curioso que haya elegido esas dos frases como resumen de la Escritura: "Amad a vuestros enemigos", segundo "Vengo pronto". ¿Por qué? ¿Por qué? pues porque obviamente lo que Dios nos pide supera nuestra capacidad, eso de amar a tus enemigos supera tu capacidad, porque no dice "perdónales", no, dice "ámalos", hombre, es que ya eso supera nuestra capacidad.

Sí, supera nuestra capacidad, pero el Señor no nos deja solos en aquello que nos pide, en el don de la santidad al que nos llama, el que comenzó en nosotros la obra buena, Él la va a llevar a término, Él va a colmar la obra que ha comenzado en nosotros. Por eso tenemos esperanza en que Dios llevará su término la obra que realiza en nosotros, por eso, cada vez que pedimos "*Venga a nosotros tu Reino*", el Señor nos responde: "Sí, vengo, y vengo pronto". Pidámosle al Señor que tengamos amor a su venida.

Nos ponemos de pie y rezamos el Padre Nuestro

Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal. Amén.